

FOTOGRAFÍA E IDENTIDAD FAMILIAR EN LA MIGRACIÓN MASIVA A LA ARGENTINA

María Liliana Da Orden

“una gota de rocío es una gota de rocío
y sin embargo, y sin embargo...”¹

Como tu te holvidaste de nosotros yo te mando mi fisonomía para que beas que no morimos que estamos aquí esperando siempre y con mucha ansia una cartita de los americanos que tanto nos gusta saber de ellos así que esta espera contestación, porque pasa ya de un año que no sabemos nada de tu vida sabes cuánto te quiere tu hermana Carmen.

Así escribió una muchacha gallega en el reverso de la fotografía enviada a Ramón Rodríguez probablemente hacia 1910, que la falta de descendientes o el azar llevó a una compraventa de antigüedades en Buenos Aires. Nada sabemos de estos individuos más allá de lo que el citado testimonio permite entrever. El nosotros al que hace referencia quien escribe y el plural hacia los que se dirige los ubica junto con otros, posiblemente familiares, a uno y otro lado del Atlántico. A pesar del año que dice haber transcurrido, el tono íntimo del reclamo, duro pero no exento de afecto y cierto humor, alude a un lazo no interrumpido por la migración, la falta de noticias y el presunto olvido. De hecho, el envío mismo —los retratos no se habían generalizado y la sintaxis y ortografía de quien se trata revelan una posición no muy elevada— lleva a suponer el conocimiento del domicilio adonde iba dirigida. Con cierta crudeza el texto señala lo que en buena medida esta fotografía busca hacer presente, nada menos que la existencia misma del que la envía demostrada a través de la imagen.

Ahora bien, ¿cómo es esa imagen? El genio vivaz que Carmen volcó en el texto que lo acompaña contrasta con el retrato. La joven adoptó en él una de las posturas que los fotógrafos de la época marcaban en sus estudios, en este caso ubicado en una calle céntri-

¹ Poema citado por Priamo, especialista en fotografía histórica. Mirta Z. Lobato, “Entrevista a Luis Priamo”, *Entrepasados. Revista de Historia*, Año IX n° 18-19, fines de 2000, p. 188.



ca de la capital pontevedrina, a juzgar por el sello de la tarjeta. La incomodidad del cuerpo, inclinado para asir con una mano el abanico que casi ayuda a sostenerlo sobre una frágil mesa junto con el ornamento que allí se encuentra, evidencia la artificiosidad del momento. En dirección opuesta, la mirada dirigida hacia un punto impreciso, el rostro que contiene toda expresión, muestran a una mujer idealizada, cuyo pudor debe imponerse incluso a la mínima coquetería de un escote de por sí poco profundo —un prendedor lo cierra sacrificando la forma del vestido—. Más allá de la intervención del profesional, todo lleva a pensar que la muchacha también se preparó para la foto. La indumentaria, sencilla pero con adornos de raso, el prolijo peinado, los relucientes zapatos de taco alto, no debían constituir el atavío cotidiano de quien si no tenía un origen campesino tampoco debió formar parte de la burguesía urbana aunque adoptara algunas de sus formas. Detrás de este montaje, ¿cuáles son los elementos personales en la foto? Sólo el brillo de los ojos, la piel fresca y luminosa que logran imponerse a la falta de cromatismo, muestran la vida a la que se refiere el escrito. Además de los rasgos ya conocidos por Ramón, la “fisonomía” que le fuera enviada para que “vea” que “no morimos” no carece, entonces, de ambigüedades. Gracias al texto que contiene podemos suponer buena parte de lo que no aparece en el retrato. Sin embargo, este fue el medio elegido para identificarse y expresar el afecto, el “ansia”, el reclamo. Más allá de los resultados, que desconocemos, seguramente una carta no habría tenido la misma eficacia.

El ejemplo indicado busca explorar algunas de las posibilidades que ofrece un testimonio personal tan atractivo y sugerente como la fotografía para el estudio de las relaciones familiares de quienes protagonizaron la migración masiva a la Argentina.² En efecto, aunque individual, la foto considerada remite en el texto a un nosotros del cual la retratada se erige en portavoz, así como el destinatario, un hermano, no es sólo un individuo, sino también parte de un colectivo que, suponemos por el contexto, estaba conformado por parientes. Individuos de uno y otro lado del océano, cuyos vínculos mostraron una fortaleza y capacidad de adaptación a los desafíos que planteaba el tiempo y la distancia que las investigaciones de los últimos años han puesto en evidencia. Y es que la decisión de la partida de uno o más de sus integrantes era las más de las veces una estrategia de todo el grupo familiar, independientemente de las tensiones internas que ello generara. En tal sentido, lejos de suponer una ruptura, en muchos casos la migración constituyó una de las formas de adaptación a los cambios que asumieron tales lazos. La existencia de cadenas migratorias, un fenómeno tan extendido en Argentina, o las remesas, constituyen una evidencia en tal sentido. De hecho, aunque difícilmente toda la familia se hubiera desplazado, particularmente cuando no sólo se trataba de núcleos conyugales sino de grupos extensos o complejos, existen evidencias de que fueron las relaciones parentales, antes que las amicales o de paisanaje, las que constituyeron el principal soporte de dichos movimientos.³

Ahora bien, más allá del avance que supone la constatación de este fenómeno, queda mucho por indagar acerca de las características de tales relaciones. Como los estudios sobre historia de la familia vienen demostrando, el lugar que el individuo ocupa en el inte-

² Nos referiremos aquí a la migración española e italiana que formó el grueso de la corriente de población europea arribada al país tanto en la etapa masiva que consideramos (1880-1930) como en la de posguerra.

³ Hemos analizado este tema en María Lilita Da Orden, “Redes sociales y espacios de interacción: los españoles en Mar del Plata, 1895-1930”, tesis de Doctorado de la Universidad de Oviedo, 1996 y “Familia y trabajo en los pueblos nuevos de la provincia de Buenos Aires. Nativos e italianos en Mar del Plata a fines del siglo XIX”, en *VIII Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia*, Salta, 2001. En los últimos años se afianzó el análisis del rol que tuvieron los lazos familiares en el proceso migratorio a la Argentina, entre la abundante producción existente puede citarse: María M. Bjerg y H. Otero (comps.), *Inmigración y redes sociales en la Argentina Moderna*, CEMLA-IEHS, Tandil, 1995 y el número especial dedicado a cadenas migratorias en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (en adelante EML), n° 8, Buenos Aires, abril 1988.

rior del grupo de parentesco, sea en cuanto a las relaciones de poder o de afecto, sea en el ámbito de las representaciones, está en gran parte asignado por las diferentes formas familiares de la sociedad de que se trate. Sin embargo, en la medida en que los intereses individuales entran en juego, dicha posición tiene un margen para el cambio y la reacomodación de los vínculos, tanto en el plano relacional como en el simbólico. Así, además de los aportes de la antropología, la psicología o la historia cultural, como las entrevistas a distintos miembros de una familia permiten apreciar, las percepciones y visiones forjadas y transmitidas por sus integrantes inciden tanto como las propias relaciones en la conformación de la misma.⁴

De ahí que si el proyecto migratorio de uno o varios individuos fue decidido y justificado más o menos explícitamente en el ámbito familiar, las transformaciones operadas en el tiempo, bien por la postergación del regreso, la incorporación de nuevos integrantes o la proximidad de la muerte de los más viejos, debieron tener en cuenta ese precedente con el fin de recrear los lazos –la “realidad” y la visión de los mismos– que constituyeron su soporte. La correspondencia, los envíos de dinero, las noticias referidas por algún vecino o pariente a su regreso, ayudaban a ajustar y acomodar la imagen del familiar distante en un territorio y un ámbito de sociabilidad que, cualquiera que fuera la forma de conocimiento que se tuviera –y se ha visto que éste podía ser muy detallado–, siempre dejaba espacio a la incertidumbre y la imaginación. La cuestión de la identidad, de la autodefinición frente a los otros, se nos plantea aquí en abierta relación con el problema. Ya no sólo la de la identidad paisana, regional o nacional frente a la nueva sociedad –de la que se ocuparon los partidarios del pluralismo cultural–, sino la del propio individuo, en este caso migrante, frente a su familia asentada en ambos lados del Atlántico. Si el sentido de pertenencia que otorgan los lazos de parentesco resulta una parte constitutiva de dicha identidad, ¿por qué no suponer que la autopercepción frente a los otros, se trate de los integrantes del propio grupo parental o de ajenos a él, deba ser en este caso, como en aquéllos, “inventada”?⁵ De este modo, y considerando tan sólo el núcleo conyugal del que formaba parte el inmigrante, ¿cómo se veían afectados los vínculos con el padre y la madre cuando las distancias espaciales, temporales o definitivas, se habían impuesto?, ¿qué tipo de relación lo unía a hermanos y hermanas, mayores y menores?

Pese al bilateralismo que caracterizaba el parentesco en las sociedades de las que provenían italianos y españoles, lo mismo podríamos preguntarnos acerca del resto de los parientes –abuelos, tíos, primos–, según la rama paterna o materna a la que pertenecieran. Ahora bien, más allá del control relativamente cercano que suponía la inserción en redes de

⁴ Sobre el carácter constitutivo y a la vez constituyente del concepto de familia es muy sugerente el análisis realizado por Pierre Bourdieu en “El espíritu de familia” en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona, 1997, pp. 126-138. Desde la antropología, un análisis de la construcción social del parentesco en sociedades contemporáneas ha sido realizado en la obra pionera de Elizabeth Bott, *Familia y red social*, Taurus, Madrid, 1990 [1957], pp. 155-203.

⁵ El análisis de la invención de la identidad étnica a partir de la obra de Hobsbawm retomada por Sollors [Kathleen Conzen, D. Gerber, E. Morawska, G. Pozzetta, R. Vecoli, “The invention of ethnicity: una lectura americana” en *Altreitalie*, n° 3, aprile 1990, pp. 5-29] tuvo repercusiones en los estudios migratorios de nuestro país particularmente para el caso de los italianos: Fernando Devoto, “¿Inventando a los italianos? Imágenes de los primeros inmigrantes en Buenos Aires (1810-1880)” en *Anuario IEHS*, VII, Tandil, 1992 pp. 121-135; Eduardo Míguez, “Tensiones de identidad: Reflexiones sobre la experiencia italiana en la Argentina” en F. Devoto y E. Míguez (comps.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica. Los italianos en América Latina en una perspectiva comparada*, CEMLA-CSER-IHS, Buenos Aires, 1992. Para el análisis del proceso de construcción identitaria en el caso de los españoles puede verse: Alejandro Fernández, “Patria y cultura. Aspectos de la acción de la élite española de Buenos Aires (1890-1920)”, *EML*, n° 6-7, ago.-dic. de 1987, pp. 291-307; José C. Moya, “Parientes y extraños: actitudes hacia los inmigrantes españoles en la Argentina en el siglo XIX y comienzos del siglo XX”, *EML*, n° 13, dic. de 1989, pp. 499-523; Xosé M. Núñez Seixas, “Gaitas y tangos: Las fiestas de los inmigrantes gallegos en Buenos Aires (1890-1930)” en *Ayer*, 43 (2001), pp. 191-223.

parentesco y paisanaje en la sociedad receptora, ¿hasta qué punto los nuevos ámbitos de sociabilidad favorecieron la creación de vínculos e imágenes de familia que alentaron un mayor individualismo? Si el migrante en cuestión constituía un nuevo núcleo en el destino, ¿cómo se reacomodaban los lazos con el grupo de origen?, ¿hasta qué punto la unión de individuos del mismo o aun de distintos orígenes suponía una continuidad o bien una “fusión”, antes que el predominio de pautas marcadas por la familia de uno de los cónyuges –desde formas de crianza de los hijos hasta prácticas de herencia–? Un complejo proceso de creación y recreación del sentido de pertenencia familiar debió haberse puesto en marcha tanto durante la etapa inicial de inserción y ajuste –en la medida en que las decisiones individuales que planteaba la nueva realidad podían entrar en conflicto con las de la familia de origen–, como al producirse la instalación más o menos definitiva, generalmente acompañada por la conformación de una nueva familia. Y esto no sólo en el caso de los que habían partido, sino también, aunque posiblemente en distinto grado, entre aquellos que no lo habían hecho.

Diversas son las fuentes que nos informan acerca de las relaciones en el interior de las familias y los modos de percibir las. Además de los testimonios orales, no cabe duda que la correspondencia, los diarios, memorias y autobiografías constituyen un testimonio privilegiado cuyo uso, que cuenta con una larga tradición en otros ámbitos historiográficos,⁶ va adquiriendo creciente importancia en la Argentina.⁷ La fotografía en cambio ha tenido un lugar mucho más marginal. Utilizada principalmente con carácter ilustrativo o estético, no se ha abierto paso todavía entre los estudiosos del tema, permaneciendo como un ámbito propio de los especialistas en fotografía histórica.⁸ Lo cual no resulta extraño si consideramos el carácter no decodificable y por ende la imposibilidad de un análisis científico que aun algunos semiólogos, ocupados específicamente en interpretar este tipo de manifestaciones, le han atribuido. La fotografía estaría así reducida a las sensaciones que produce, al mundo de lo sensible antes que de lo inteligible.⁹ Apreciación en la que coinci-

⁶ Sobre una tradición de estudios basados en testimonios subjetivos, que se remonta a principios del siglo pasado en que Thomas y Znaniecki publicaran su compilación de cartas de migrantes polacos, puede verse Virginia Yans-McLaughlin, “Metaphors of Self in History: Subjectivity, Oral Narrative, and Immigration Studies” en V. Yans-McLaughlin (ed.), *Immigration Reconsidered. History, Sociology, and Politics*, Oxford University Press, New York-Oxford, 1990, pp. 254-291.

⁷ Pese a la inclusión de estas fuentes en el ambicioso proyecto que realizara Gino Germani sobre la inmigración masiva a la Argentina –que sin embargo no incluía la utilización de fotografías–, la historia de vida editada y analizada por Marsal ha quedado por mucho tiempo aislada en el conjunto de investigaciones sobre el tema. Juan F. Marsal, *Hacer la América. Autobiografía de un inmigrante español en la Argentina*, Instituto Di Tella, Buenos Aires, 1969. En los últimos años este tipo de enfoque ha adquirido, sin embargo, una mayor “legitimidad” frente a los análisis cuantitativos. Ver la correspondencia de una familia italiana cuyos hijos se establecieron en Argentina editada por Samuel Baily y Franco Ramella, *One Family, Two Worlds. An Italian Family's Correspondence across the Atlantic, 1901-1922*, Rutgers University Press, New Brunswick and London, 1988. Sobre diarios personales y cartas, respectivamente M. Bjerg, “Imágenes de familia en la frontera. El mundo de Dorothea Fugl en Tandil en la segunda mitad del siglo XIX” en *VIII Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia*, Salta, septiembre de 2001; Mariela Ceva, “Escenas del reencuentro familiar. Historias de trabajadores italianos durante la entreguerra” en *Coloquio Internacional “Pensar lo social: representaciones, grupos, configuraciones. Siglos XIX y XX”*, Tandil, 28 y 29 de set. de 2000; E. Ciafardo, “Cadenas migratorias e inmigración italiana. Reflexiones a partir de la correspondencia de dos inmigrantes italianos en Argentina, 1921-1938” en *Studi Emigrazione*, n° 102, junio 1991, pp. 233-256. Sobre autobiografías, C. Cattarulla, “Los espacios de la identidad en las autobiografías de inmigrantes italianos en Argentina y en Brasil” en *Entrepassados*, n° 18/19, Buenos Aires, fines de 2000, pp. 7-18.

⁸ En una obra reciente Burke ha puesto de relieve la escasa dedicación e interés sobre un vestigio que, como otras huellas del pasado, tantas evidencias puede aportar a los historiadores. Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Crítica, Barcelona, 2001 [2001].

⁹ Aun aquellas fotos que Barthes consideró ya no analógicas sino “esenciales”, en cuanto reveladoras del ser fotografiado, forman parte según el autor de la “ciencia imposible del ser único”. Roland Barthes, *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Paidós Comunicación, Barcelona, 1992 [1980].

den, desde una óptica diferente, también aquellos sociólogos que ponen el acento en el carácter enmascarador y distorsivo de este tipo de práctica. Así, contra toda ilusión inmediata, los sujetos representados, antes que revelados aparecerían manipulados, convertidos en objetos, por las convenciones de la profesión y de la propia sociedad en la que se inserta. Posición que también mantiene uno de los pocos análisis historiográficos realizados sobre el tema, bien que sobre la base de documentos institucionales.¹⁰ No obstante, desde una perspectiva más afín con nuestros propósitos, algunos autores señalan que la fotografía sería en sí un texto que necesita de otros para ser comprendido. Se trata de un testimonio que además de ofrecer una información proveniente de la propia imagen (postura, composición, color, iluminación, etc.) —¿hasta qué punto sólo resultado de la intervención profesional?—, se enriquece con la incorporación de otras, desde los datos referidos a su forma de producción, a las inscripciones que la acompañan o los usos de que han sido objeto.¹¹

Según esta perspectiva, en tanto que objetos materiales estos vestigios remiten a los vínculos sociales que les han dado origen así como a la índole de sus intercambios, pero además, en tanto que imágenes, aluden al contenido simbólico de los mismos. De ahí que las fotografías personales,¹² que, como los propios inmigrantes, se desplazaron hacia uno y otro lado del Atlántico gracias a la difusión que adquirirían entre sectores cada vez más amplios,¹³ puedan iluminar algunos aspectos de la problemática mencionada. El conjunto de imágenes que presentamos no tiene otra pretensión que la de explorar las posibilidades que ofrecen para el análisis de este mundo íntimo y subjetivo, utilizándolas, en cierto modo, como los mismos protagonistas podían hacerlo. Ya no como la realidad misma —las personas amadas—, sino como el ancla que desde lo profundo puede hacerlas emerger junto con sus deseos, emociones y necesidades.

Durante los años de investigación dedicados a la migración española e italiana desde la perspectiva de las relaciones sociales primarias, redes que —como indicamos— las más de las veces tenían su soporte en los lazos familiares, hemos encontrado con frecuencia este tipo de testimonio.¹⁴ Fotos recibidas desde el lugar de origen, fotos enviadas desde el de

¹⁰ Susan Sontag, *Sobre la fotografía*, EDHASA, Barcelona, 1981; John Tagg, *The Burden of Representation. Essays on Photographies and Histories*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1995 [1988].

¹¹ Una síntesis de estas posturas puede verse en Santos Zunzunegui, *Pensar la imagen*, Cátedra / Univ. del País Vasco, Madrid, 1992. También los especialistas en fotografía histórica coinciden en esta posición, ver M. Lobato, "Entrevista a Luis Priamo"

¹² Dejamos aquí de lado las fotos institucionales —de comisiones directivas y festejos de mutuales, coros, orquestas, escuelas, clubes, cámaras de comercio, etc.—, las de los profesionales movidos por el interés de documentar la vida en las colonias o aquellas otras ordenadas por algún funcionario de migraciones, tan sistemáticamente tomadas en países angloparlantes y que aquí —una muestra más de la debilidad del Estado— apenas han sido conservadas. Sobre el registro de la vida en las colonias santafecinas por tales fotógrafos pueden verse, entre otros, los siguientes trabajos de Luis Priamo: "Recuerdos de la Pampa Gringa", Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", *Cuadernos del Instituto*, n° 7, Buenos Aires, 1995 y Fernando Paillet, *Fotografías, 1894-1940*, Fundación Antorchas, Buenos Aires, 1987.

¹³ Tanto en Argentina como en España, la fotografía, una práctica que en el siglo XIX estaba limitada a los grupos mejor posicionados, durante la segunda y tercera décadas del siglo siguiente se extendió hacia los sectores medios, aunque seguramente con variaciones según las regiones y capas sociales. Luis Priamo, "Fotografía y vida privada" en F. Devoto y M. Madero (dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina plural: 1870-1930*, Taurus, Buenos Aires, 1999, pp. 275-301; *Las fuentes de la memoria II. Fotografía y sociedad en España, 1900-1939*, Publio López Mondéjar, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Lunwerk eds., s/l, 1992.

¹⁴ Estas consideraciones tienen como punto de partida los testimonios recogidos en nuestra investigación sobre la inmigración a Mar del Plata, una ciudad del sudeste bonaerense que hacia 1914 contaba con algo más de 25.000 habitantes, el 40 por ciento de los cuales eran españoles e italianos. Ello nos permitió formar a lo largo de varios años una colección de fotografías familiares procedentes de entrevistas, archivos históricos y compraventas de antigüedades donde se seleccionaron aquellas que contaban con algún tipo de inscripción manus-

destino, fotos que, como los sujetos, realizaron viajes de ida y más tarde regresaron, sea con los protagonistas sea con sus descendientes. ¿Qué significaba todo este trasiego? Hacer presente la propia existencia, como Carmen con la foto enviada al hermano, parece ser el principal objetivo. Esto, que es propio de toda fotografía en cuanto prueba de existencia,¹⁵ no era un dato menor en el contexto de las migraciones transoceánicas. Quienes permanecían y esperaban —padres, esposas, hijos— tenían interés en hacerse presentes al que había partido, sobre todo si el tiempo se extendía más allá de lo previsto. El retrato que desde Madrid enviara Paca "en prueba del cariño que te profeso" y la promesa de fidelidad hecha a Ramón F.M., residente en Buenos Aires, ejemplifica lo que para las novias que quedaban en el origen tal vez representara.¹⁶ Era ésta la manera de asegurar un vínculo que podía verse amenazado por el tiempo y la distancia, pero también una forma de brindarse que sin duda iba mucho más allá de lo que suponía una carta u otro objeto. En efecto, los términos "prueba" y "recuerdo" aparecen reiteradamente en los textos que acompañan a las imágenes aludiendo al modo de identificación personal que específicamente representaba la foto para estos sujetos y, con ello, a un lazo que suponía una fuerte intensidad emocional.

Sin embargo, la limitada difusión de este medio en los pueblos rurales, de donde provenía la mayor parte de la emigración desde ambas penínsulas —sólo ocasionalmente recorridos por algún fotógrafo ambulante—, debió constituir un obstáculo para la utilización de este medio en el polo emisor.¹⁷ No parece extraño entonces que los propios emigrantes, en sus viajes de visita, aprovecharan la ocasión para retratar a los miembros de su familia. La foto tomada en una época ya avanzada como los años treinta da cuenta de lo que señalamos (n° 2). Se trataba de un matrimonio de labradores gallegos residentes en Esmoriz, parroquia de un ayuntamiento de Lugo, cuyo origen campesino se delata en el atuendo a pesar de los preparativos personales y la escena montada en el estudio.

Aunque eran propietarios no carentes de recursos, sólo el interés del nieto residente en Buenos Aires —a quien criaran luego de la temprana muerte de la madre— hizo posible, en su primera visita al pueblo,¹⁸ el registro que raramente podían tener estas familias. Interés del que no estuvo ajena la ausencia producida por la emigración ante una muerte que se avizoraba próxima y a la que no se iba a poder asistir. De algún modo la imagen permitía conjurar una situación que se volvería inevitable y que seguramente constituía una de las dimensiones más penosas del proyecto migratorio. De ahí que de los familiares todavía residentes en el pueblo —entre quienes se hallaban varios hermanos— fueran tan sólo los abuelos (padres en la práctica) los únicos retratados.

En la sociedad de recepción y de acuerdo con los estereotipos de la época, la fotografía estuvo presente en distintos momentos de la vida de los inmigrantes, recordando o presentando ante otros y ante sí mismos vínculos familiares o nuevas situaciones, que facilitaban la integración de los cambios en una identidad explícita o implícitamente cuestionada por ellos. El recuerdo de los miembros más cercanos, ya no sólo a través de la correspondencia o las más tangibles remesas, sino mediante la imagen, por más artificiosa que fuera, permitía corporizar en forma simbólica al que estaba ausente. En los primeros tiempos

crita que diera cuenta del contexto en que fueron utilizadas. Por lo demás, el trabajo sobre estas evidencias descansa sobre una base empírica que incluye una variedad de fuentes de diverso carácter (censos éditos e inéditos, archivos de registros civiles y parroquiales, entrevistas, etc.).

¹⁵ R. Barthes, *La cámara lúcida*, p. 151.

¹⁶ Colección personal de la autora.

¹⁷ Aunque ya a fines del siglo XIX fotógrafos ambulantes recorrían los pueblos tomando retratos, no fue hasta los años veinte que el precio de los mismos se acercó al presupuesto de las familias menos pudientes. *Las fuentes de la memoria I*, pp. 47 y 57-61.

¹⁸ Entrevista a Antonio D. E. Buenos Aires, julio de 1993.



Foto 2

la foto con otros familiares o paisanos, también migrantes, daba cuenta ante los que seguían en el origen –y por qué no también ante sí mismos– de una identidad que se pretendía inalteredada por los cambios. Complementariamente, las ocasiones –algún paseo, un festejo– remitían a un bienestar que en cierta medida justificaba el traslado.

Ahora bien, ¿cómo adecuar los proyectos que surgieron de tales vínculos a medida que el tiempo transcurrido o las decisiones tomadas en el nuevo contexto tendían a modificarlo ocasionando incluso algún conflicto? Si padres e hijos permanecían separados, la incorporación de nuevos integrantes debía estar mediada por prácticas que reemplazaran de alguna manera lo que la convivencia hubiera exigido. El matrimonio en el lugar de nueva residencia debió ser uno de los hechos más difíciles de resolver cuando la novia no se había conocido en el origen y la unión podía afectar el proyecto familiar previo. Y esto podía ser así, aun cuando el cónyuge perteneciera al mismo lugar de origen. No en vano los Sola, una familia del norte de Italia, cuando buscaron conocer a la esposa del hijo casado en Buenos Aires, además del nombre que permitía reconocer a la familia residente en un pueblo de las cercanías, solicitaron un retrato que la identificara.¹⁹ Junto con el registro de un rito de pasaje significativo para la vida personal y familiar, hecho que hacía de éste todo un género fotográfico, el envío de la imagen de los cónyuges podía pues oficiar de mediación para la incorporación del nuevo miembro. Que éste amenazara las relaciones cuando los padres no habían dado su consentimiento, queda testimoniado en el intercambio de correspondencia a que dio lugar el ejemplo mencionado. Junto con los distintos argumentos contenidos en las cartas, el hijo también solicitaba el retrato de sus padres con el fin de enmarcarlo y ubicarlo en la casa con “el gran respeto” que se merecían. Con ello quedaba demostrado el lugar central que seguían teniendo en el nuevo hogar, pese a la decisión hasta cierto punto individualista que tomara al casarse. Lo propio parece indicar el beso que, según Oreste, cada noche Corina daba a la foto de los suegros antes de acostarse.²⁰ Un gesto de filial reconocimiento que seguramente pretendía despertar un correlato en los destinatarios. La especificación de los usos dados a los retratos –más allá de su efectiva concreción– y el pedido insistente de los mismos por ambas partes daban cuenta del vacío y la carencia que cada una de las partes experimentaba a su modo, pero también del efecto substitutivo y regenerador que se confería a estas imágenes.

Menos dramática era la introducción simbólica de los hijos en la familia de origen, al menos cuando eran el fruto del nuevo matrimonio. Así, los retratos de bebés casi desnudos o bien ya más grandes vestidos para la ocasión, también viajaban entre los dos polos migratorios. La imagen de Euterpe –el nombre de una musa que remite a la inclinación artística de alguno de los padres– ofrece un testimonio posiblemente extremo en tal sentido, tanto por la edad de la niña como por las expresiones que llevaba escritas. Con letra temblorosa y sin puntuaciones que separen el texto, Rosina, una madre que se muestra orgullosa y feliz, escribe a su padre detrás de una foto fechada el 12 de febrero de 1912 en Buenos Aires:

Ricevi questa fotografia della tua nuova nipotina [aquí el nombre subrayado] presa il giorno che compriva 40 giorni mi pareva che era troppo lungo aspettare fin i 4 mesi per tanto che la vedesi cosa ti pare? scrivami subito e come la vedi sulla fotografia figurati di vederla lei in persona anzi é ancora qualche cosa piú grossa é piú grossa di corpo ride sempre lei se vedesse Orazio [el padre] che

¹⁹ Cartas enviadas a Oreste Sola, residente en Buenos Aires, por sus padres. Valdengo (provincia de Biella), julio-agosto de 1908. S. Baily y F. Ramella, *One Family, Two Worlds*, pp. 74 y 77. La correspondencia es una fuente privilegiada para dar cuenta del control que pretendían ejercer los padres sobre las decisiones de los hijos en tal sentido, ver por ejemplo M. Ceva, “Escenas del reencuentro familiar”; E. Ciafardo, “Cadena migratoria e inmigración italiana”.

²⁰ Baily y Ramella, *One Family, Two Worlds*, pp. 83 y 88.



Foto 3

contento él [Luego de los saludos, recordando algo que al parecer no debía omitirse, en una anotación transversal al margen aclara:] Nata al 6 di Enero, fotografiata il giorno 16 de Febrero.

El retrato y la precisión de los datos interesaban particularmente a quien creyó ofrecer de este modo un adelanto del contacto personal que, por la llegada del abuelo residente en Italia o en otro destino migratorio —la foto se encontró en Buenos Aires—, se hallaba muy próximo. En las expresiones utilizadas aparecen claramente diferenciadas la niña misma y su representación. En efecto, la imagen de una criatura que por su tiempo permanece rígida sobre los almohadones que la sostienen desnuda, tal como su cortísima edad lo permitía —como en la mayoría de estos casos, el fotógrafo buscó el modo de ocultar todo indicio de sexualidad—, apenas refleja la gracia que la madre veía en ella (n° 3). Algo de la pobreza de la foto la impulsó a añadir en un texto lo que sólo el trato cotidiano y el sentimiento permitían experimentar. De la centralidad de esta niña en la vida de los padres da cuenta el retrato en sí mismo y la contratación del estudio que realizó una cuidada reproducción, pero nada la hace tan manifiesta como el mensaje escrito al dorso. En una época en que la mortalidad infantil era una sombra que se cernía sobre las familias, la prolija relación de los días, el acento en el crecimiento y la alegría que de ello se derivaba —cualquiera que fuera el interés que despertara el destinatario— dan cuenta de sentimientos que no siempre fueron objeto de tales manifestaciones.²¹ Sin embargo, pese a la opacidad de la imagen, el texto también explicita que si algo podía adelantar el contacto personal, era ése y no otro el instrumento indicado para lograrlo.

Estos retratos iban dirigidos desde el lugar de destino y también desde el origen, aunque la frecuencia desde el primero seguramente fue superior por las oportunidades que brindaba el mayoritario asentamiento en las ciudades capitales o intermedias que emergieron en el litoral argentino, donde los estudios fotográficos no estaban ausentes. Los recorridos, como las cadenas, no seguían una dirección lineal y evidenciaban los lazos mantenidos o aun fortalecidos por la experiencia migratoria en los distintos lugares de asentamiento. De ahí que no sólo padres, hijos y nietos protagonizaran tales prácticas, también los parientes colaterales se incluían en ellas. De este modo, la “fiel” Paca, a la que hicimos referencia con anterioridad y que finalmente lograra unirse con Ramón en Buenos Aires, fue la destinataria de uno de estos retratos que sus primos, también migrantes, le enviaran de su pequeña “para que tengan el gusto de conocerla”. Y es que los mil kilómetros que los separaban de la capital argentina no hacían factible otra forma de presentación.²² De este modo, una práctica que se iba imponiendo con el avance del siglo, además de dar cuenta de algunas características de las relaciones familiares más estrechas, evidenciaba el interés de los sujetos por mantener las redes de parentesco más allá de la diversidad de sus destinos.

También propio de un género de la época, el retrato del grupo familiar fue una costumbre que alcanzó a las familias inmigrantes ya asentadas o bien conformadas en la nueva sociedad. Fueran o no enviadas a la tierra de donde se había partido, el registro de un momento de logro personal y familiar debió haber inspirado buena parte de estas tomas si tenemos en cuenta las aspiraciones de ascenso que habían motivado buena parte de la emi-

²¹ Un análisis muy interesante de la evolución de las manifestaciones de afecto entre las familias del centro de Italia a fines del siglo XIX y comienzos del XX fue realizado por Bargagli. A propósito del debate sobre la época y el sector social donde “aparecieron” los sentimientos en el seno familiar, con gran pertinencia el autor subraya la necesidad de distinguir la existencia de los mismos y las formas de su expresión efectiva. Marzio Bargagli, *Sotto lo stesso tetto. Mutamenti della famiglia in Italia dal XV al XX secolo*, Il Mulino, Bologna, 1984.

²² El texto databa el envío en Tornquist (provincia de Buenos Aires), el 14 de abril de 1924. Colección de la autora.

gración de españoles e italianos. Aspiraciones que, por lo demás, la movilidad social existente en el país permitía alimentar. Muchos de esos retratos pueden hallarse en los archivos, en su mayoría sin ninguna información que los individualice. Cuando esto es posible, con frecuencia se trata de inmigrantes que habían realizado un itinerario exitoso, lo cual no resulta sorprendente ya que ese destino —un archivo histórico— debió constituir para los propios descendientes una suerte de consagración de los orígenes que estaba en la línea de las expectativas de ascenso mencionadas. Que los más exitosos emplearan ese medio no se aleja de las prácticas que adoptaban aquellos sectores deseosos de acceder a la burguesía. Sin embargo, aquellos que no habían alcanzado dicha posición no estuvieron al margen de tales usos. Y es que la aventura del ascenso era un punto común de partida que suponía la incorporación de valores propios de las familias conyugales de clase media.²³

El retrato de los Moure ofrece un ejemplo de lo que señalamos. Fue tomado luego de casi una década de estadía en el país del joven matrimonio de gallegos que había emigrado desde Buin (un pequeño pueblo de Taboada, en la provincia de Lugo), hacia 1908. Su inserción en el ámbito rural del sudeste bonaerense había contado con el apoyo de una cadena de parientes establecidos hacia fines del siglo anterior. A medida que los hijos fueron naciendo y creciendo en el lugar pudieron obtener la ayuda necesaria para el cultivo de las distintas parcelas que arrendaron durante la mayor parte de sus vidas. Se trataba pues de agricultores que en una fase temprana de su ciclo familiar se dirigieron a uno de los estudios fotográficos más conocidos de la ciudad para dejar constancia de esa etapa de sus vidas.²⁴

La composición del retrato (n° 4), característica en su género, ubicaba a los cónyuges como figuras centrales. La rigidez de la postura y la mirada frontal hacían evidente la autoridad del padre y también la de la madre, aunque en segundo plano y algo más distendida en el gesto de abrazo. Los numerosos hijos se agrupaban en torno a ellos. Pese a que la sonrisa de uno de los pequeños confería cierta espontaneidad al retrato, la mayoría reflejaba en su semblante la intimidación del momento. Además de la fecundidad de la pareja en el nuevo destino, distintos detalles dan cuenta de lo que estos trabajadores rurales habrían querido representar. El traje ciudadano del padre no ofrece ningún indicio de la ocupación a la que se hallaba abocado como el resto de los integrantes del grupo. Por el contrario, los atuendos de los hijos, todos individualizados con distintos detalles, el peinado cuidadoso, el calzado impecable, el permiso de cierta coquetería en la pequeña que luce un collar, dan cuenta de la solicitud de una madre que, más austera, tampoco evitó los adornos en su vestimenta. Nada en esta foto sugiere las múltiples y esforzadas tareas a las que estaban dedicados. Sólo el bienestar y plenitud de la familia en torno a un jefe que, si no era propietario, había alcanzado una posición real o percibida que merecía recordarse. El hecho mismo de la existencia del retrato de todo el grupo nuclear —el haber querido y también podido acceder al mismo— indica lo que para muchos debió suponer la emigración, o al menos una de sus etapas, ya que en este caso como en muchos otros, la fotografía registró un momento de ascenso que no siguió un curso lineal. A juzgar por la imagen de los esposos de Esmoriz (n° 3) —un pueblo muy próximo al de los Moure—, por razones no sólo materiales, difícilmente una foto de estas características hubiera podido obtenerse en el origen.

²³ Eduardo Míguez, "Familias de clase media: la formación de un modelo" en F. Devoto y M. Madero (dirs.), *Historia de la vida privada*, t. II, pp. 17-20.

²⁴ Entrevista a Jesús Moure, Mar del Plata, mayo de 2000. Hemos analizado el tema en María L. Da Orden, "Inmigración gallega en Mar del Plata: trabajo, movilidad social y relaciones personales (1895-1930)" en Xosé M. Núñez Seixas (dir.), *La Galicia Austral. La inmigración gallega en la Argentina*, Biblos, Buenos Aires, 2001, pp. 87-106.



Foto 4

Hasta aquí nos referimos a imágenes sueltas, ancladas en las vidas que representan y vinculan gracias al texto que las connota o alguna otra información adicional. El conjunto de fotografías conservadas por la hermana de un emigrante del norte de España, además de participar de algunos de los elementos señalados, ofrece una visión de las formas en que esta práctica acompañó la migración y a la vez permitió asimilarla en el seno de las familias más allá de la etapa de inserción y ajuste inicial de alguno de sus miembros en la nueva sociedad. Encarnación S., una mujer casi centenaria que nunca abandonó la península, conservaba en una caja con otras fotografías estos testimonios.²⁵ A falta de anotaciones o de un álbum que les diera algún orden, fue ella, ayudada por la hija, quien ofreció la información que las databa, así como la narración que, unida a nuestros datos de archivo, permitió reconstruir una historia familiar donde la migración había sido el camino seguido por varios integrantes. Hacia 1901 su padre, ya casado y con cuatro hijos, había tenido una estadía en Buenos Aires que no se prolongó por mucho tiempo. Aunque el relato de la hija, que aún no había nacido, sugiere un proyecto temporario –en esos años la emigración con ese y otros destinos en Argentina era una experiencia muy extendida en el lugar–, no descarta otro de mayor alcance que comprendiera a todo el núcleo familiar y también a los parientes. De hecho, cuatro años más tarde un tío –hermano de la madre–, Eduardo G., partió con diecinueve años hacia Mar del Plata donde residía una buena cantidad de vecinos –primos algunos de ellos– y finalmente se estableció. La buena situación de éste o la necesidad de aliviar a una familia numerosa y ya incompleta por la muerte de la madre hicieron que Guillermo, hermano mayor de Encarnación, se reuniera con aquél hacia 1910. Poco después lo propio hizo Marcelino, un hijo de otra hermana. Tío y sobrinos formaban parte de una red de parientes que tenía a sus miembros a ambos lados del Atlántico.

A casi una década de la partida, Eduardo regresó de visita al pueblo para ver a su madre ya mayor –tenía 69 años–. Los sobrinos, todavía pequeños y al cuidado de la abuela, quedaron impresionados por las anécdotas que contaba sobre el país de emigración, las compras realizadas para mejorar la casa familiar y la fiesta ofrecida al pueblo. Aunque posteriormente no regresó, así como tampoco lo hicieron los sobrinos que atrajera consigo y formaron allí sus propias familias, los lazos con la de origen siguieron vigentes. ¿Cómo se alimentó esta continuidad, o la imagen de la misma, a través del tiempo y la incorporación de nuevos individuos? ¿Cuáles fueron sus límites? Como veremos, las fotografías enviadas y conservadas en uno y otro destino a lo largo de casi ochenta años, en la medida que representaban a los familiares ausentes, no desempeñaron un papel menor en la construcción de un sentido de pertenencia, del que, sin embargo, no todos formaron parte.

La foto más antigua que conservaba Encarnación muestra a su madre, Guadalupe, rodeada de los hijos y vestida de luto por la reciente muerte del segundo de ellos. A la derecha y en el mismo plano, el mayor –Guillermo, que posteriormente emigraría– apoya una mano sobre el hombro de la madre. La postura y el fondo vacío, que no data ni ubica la imagen, subrayan la rigidez y la suspensión del instante. Como en el caso de los Moure, la composición seguía los criterios impuestos para el retrato familiar aunque, a diferencia de aquél, la figura paterna estaba ausente. Tampoco el cuidado que se observa en algunos detalles puede ocultar el origen campesino de la familia. Curiosamente el retrato tenía el sello de un estudio de Buenos Aires, donde nunca estuvieron. ¿Era éste un envío de la esposa que hacía presente al marido la solidez de la familia más allá de la reciente pérdida? ¿Fue el recuerdo que el esposo llevó consigo a la Argentina y que allí decidió ampliar?

²⁵ Entrevista realizada en Pola de Gordón, provincia de León, abril de 1995. En Mar del Plata, otros miembros de la misma parentela completaron la información. Entrevistas a Mario G. y Carlos S., marzo de 1996. Hemos analizado la emigración procedente de ese ayuntamiento en *Redes sociales*. Las fotos que aparecen a continuación han sido generosamente cedidas para su copia por las poseedoras.



Foto 5

Cualquiera que haya sido el momento de la toma, la ausencia y la necesidad de representar los vínculos más estrechos a que llevó la emigración en una etapa crítica de sus vidas, debió haber impulsado el registro de esta imagen. De su significación para el jefe de hogar, ocupado en un bar capitalino a miles de kilómetros del pueblo, nos da cuenta la reproducción que allí mandara a realizar.

Siguiendo el orden cronológico, la foto de doña Catalina (nº 6), madre de Guadalupe –fallecida– y al cuidado de sus hijos, fue mandada a tomar por Eduardo G. en su viaje de visita. La imagen condensa en buena medida la interacción de los espacios sociales vinculados por la migración. Por un lado lo que el hijo, luego de nueve años de ausencia, llevó al pueblo de origen. El bienestar económico y la necesidad de la tecnología moderna. También lo que quiso traer desde allí a la ciudad donde residía, el retrato de su madre, en primer plano –a la vez abuela y madre de los hermanos de Guillermo, que se había reunido con él–. Una mujer campesina, ya viuda, cuyos años de trabajo se reflejan en el rostro, vestida para la ocasión. Poco podemos agregar sobre el retrato original, dado que en realidad se trata de otro tomado sobre la base del dibujo que lo ampliara, seguramente embelleciéndolo, a pedido del hijo en el lugar de nuevo asentamiento. Con ello expresaba la centralidad de este vínculo y el valor de su imagen que, a la manera de un ícono, colgaba enmarcado de una de las paredes de la casa.²⁶

Como las que consideramos anteriormente, estas fotos representaban a los que estaban ausentes, haciendo posible en el imaginario la permanencia del que emigró tanto para los que se quedaron como para el que partió, en la medida que el retrato ocupaba simbólicamente su lugar.

¿Qué ocurría cuando el proyecto migratorio se había convertido en permanente? El paso del tiempo, los cambios operados, también podían conjugarse con imágenes que expresaran y a la vez dieran lugar a nuevas visiones sobre la familia. Ése parece ser el caso del retrato que Guillermo envió en 1938, dos décadas después de haber emigrado al lugar donde constituyera su propio núcleo familiar (nº 7).

El mismo fue sacado con motivo de un paseo para ver uno de los pocos grandes buques de pasajeros que arribaban al puerto de Mar del Plata. Una serie de indicios pretenden demostrar el progreso personal en la foto: el traje ciudadano de quien había dejado la labranza en la que se ocupara como su padre y hermanos para dedicarse al comercio (cfr. foto nº 5). La vestimenta e imagen de la mujer, sin los hijos, bien distinta de las de la madre y la abuela. Los automóviles que, en un segundo plano, escenifican la posición alcanzada. No obstante, como signo de continuidad, el ámbito elegido, nada menos que el puerto. Así, por detrás, el inmenso buque aparece imponente. Que ésta fuera la imagen elegida para enviar a los “queridos hermanos y sobrino”, tal vez recuperaba la memoria de lo pasado. Recibida en plena guerra civil o en la inmediata posguerra, posiblemente sugirió en algún pariente la posibilidad de una partida. De lo que no cabe duda es del impacto que debió causar en los destinatarios el contraste que ponía en evidencia. A pesar de ello y tal vez por las duras condiciones vigentes en el origen, como indica el texto, el hermano expresaba de ese modo el afecto que continuaba y también alcanzaba a sus descendientes a pesar del tiempo transcurrido. Una manera de estar presente en la difícil situación que atravesaba la familia de origen, si tenemos en cuenta que fue ésta la única foto que remitiera personalmente.

Tomada un decenio más tarde, la foto número ocho muestra a las familias de Eduardo y Guillermo, reunidas con motivo de alguna celebración hogareña. En el reverso, este últi-

²⁶ Al respecto, con una visión tal vez excesivamente racionalista, Sontag ha señalado “esos usos talismánicos de las fotografías expresan una actitud sentimental e implícitamente mágica: *son tentativas de alcanzar o poseer otra realidad*”. *Sobre la fotografía*, p. 26 (el subrayado es nuestro).



Foto 6



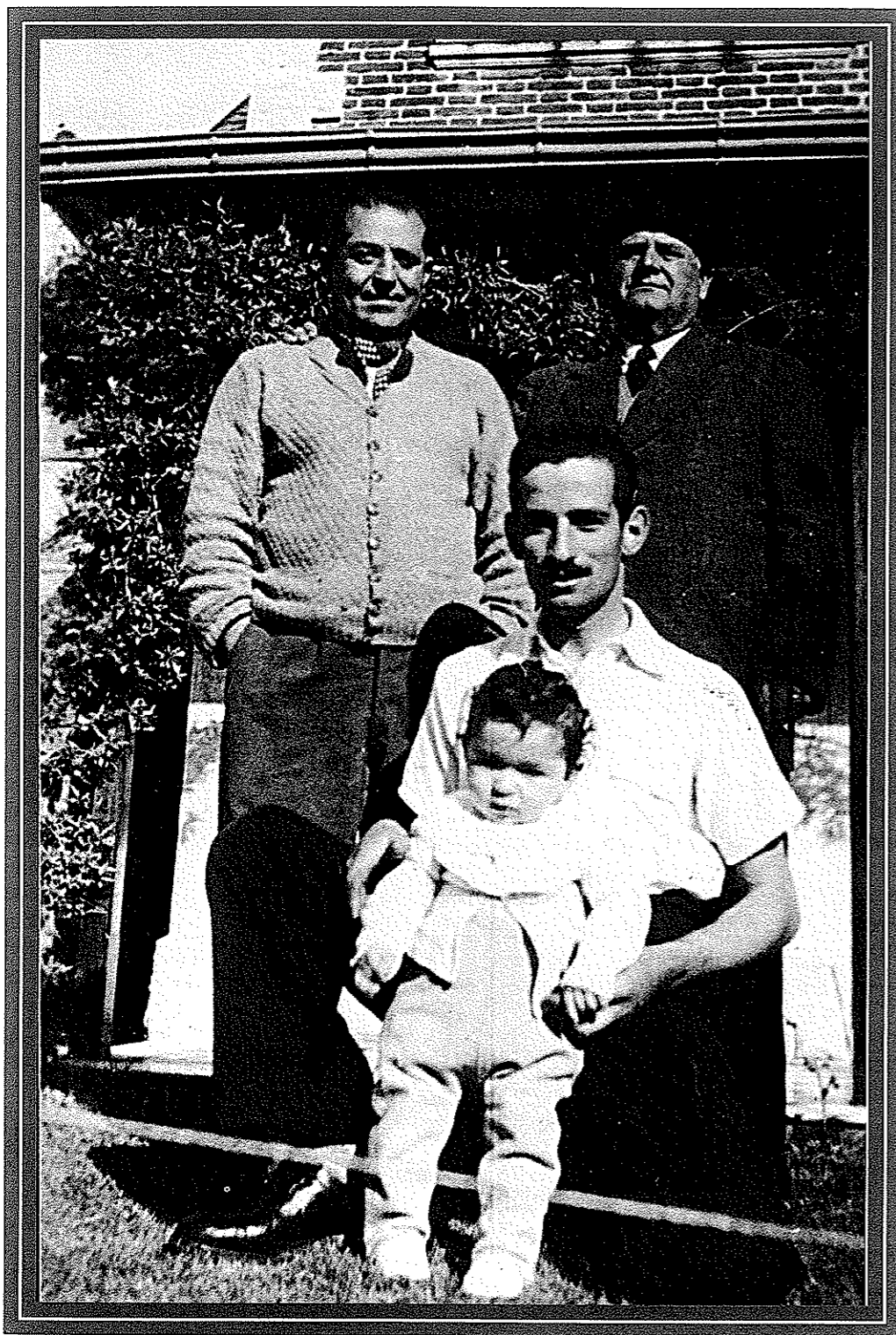
Foto 7



Foto 8

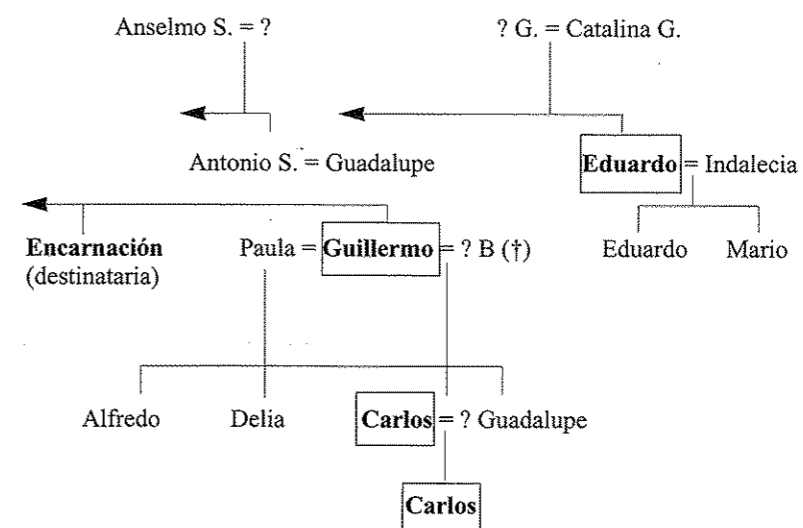
mo realizó el detalle minucioso de cada uno de los integrantes y de las relaciones que los unían. Hasta donde la exposición lo permite, a diferencia de las anteriores, esta fotografía doméstica muestra cierta espontaneidad. De ahí que sea notable el agrupamiento de Eduardo, la esposa –nacida en el mismo ayuntamiento– y Guillermo, emparentados o vinculados en el origen, que se observa a la izquierda de la imagen. Los suegros de este último y de uno de sus hijos, incorporados en el lugar de destino, así como la nuera, se ubican, en cambio, en el extremo opuesto. Los nuevos lazos que Eduardo quiso incorporar a la red familiar del pueblo parecieran poseer un carácter distinto que el de aquéllos, si tenemos en cuenta una distribución que probablemente no haya sido calculada. Por lo demás, la época era otra. Formas de producción no profesionales habían ampliado los alcances de este tipo de imágenes y como ellas, también las relaciones familiares se habían transformado. De ahí, valga la licencia, la horizontalidad de la foto captada en el patio interior de la casa y el movimiento que confiere la posición de los más jóvenes. El contraste con la rigidez y verticalidad de la primera imagen familiar resulta patente. Casi podría tratarse de una “instantánea”, aunque es claro que se estaba posando para el retrato tomado quizá por un amigo ya que al dorso de la foto se explicita que “de los familiares” falta la tercera hija de Guillermo y su hijo, aunque nada se dice del esposo. La selectividad de los lazos de parentesco que aquí se insinúa se torna patente en la siguiente fotografía, tomada en la misma ocasión (n° 9).

En este caso, la dirección vertical de la composición, antes que a las características de los vínculos, respondía a diferencias generacionales que el tío señalaba en el texto: *Esta tenía yo gran interés en sacarla, pues como ves representa cuatro generaciones, son ellos Eduardo, Guillermo [tío y sobrino, hermano de la destinataria], Carlos y Carlitos [hijo y nieto del último].* El lugar está situado en el frente de la vivienda estilo chalet con jardín delantero, propia de los sectores medios de entonces. El “gran interés” por la foto es el de la continuidad familiar que se “representa” tanto en la imagen como en el envío a la sobri-



na, a quien se lo explicita. Que, sin embargo, dicha continuidad tenía un fuerte grado de creación se evidencia en los individuos que aparecen en ella. En efecto, no figuran en el retrato ni los hijos de quien escribe, ni todos los pertenecientes a la tercera generación. Tampoco se incluyó a la totalidad de los que habían emigrado—nada alude a la ausencia de Marcelino—. Las cuatro generaciones de la imagen suponían una sucesión no lineal en la que el tío se constituía en el antecesor directo. De ese modo ante el remitente se producía un desplazamiento de la figura del cuñado (padre de Guillermo) que ubicaba a la rama materna de la familia en un lugar central (Gráfico n° 1). El papel que había desempeñado

GRÁFICO 1
REPRESENTACIÓN DE LA FAMILIA DE EDUARDO G. (Foto n° 9)



Eduardo al ayudar al sobrino a emigrar y establecerse en la ciudad, debió haber incidido en tal construcción. Pero además, no parece errado suponer que también con ello se siguiera una orientación en buena medida ya tomada en la familia de origen, tanto por el lugar de residencia—el pueblo y la vivienda de la familia de Guadalupe y no de la del esposo—,²⁷ como por el papel que asumiera la abuela en la crianza de los nietos. La selección que el texto pone de manifiesto, ¿obedece, entonces, al lazo que suponía la casa de doña Catalina—que tío y sobrino habitaran—, y adonde se dirigió la foto? ¿Era ése el motivo por el cual que sólo figurara en la imagen el hijo de Guillermo que había tenido descendencia bastara para representar la continuidad a la que se aludía? Independientemente de las respuestas, lo cierto es que a juzgar por este ejemplo, la sola existencia del lazo de sangre no bastaba para configurar a la familia. Más allá de la índole de las relaciones, también era necesario imaginarla y percibirla como tal.

Por lo demás, el recorrido que, como indicamos, siguió el retrato de Catalina G., induce a dar una respuesta afirmativa—al menos para una parte de la familia— a las preguntas que sugiere la fotografía anterior y el texto que la acompaña. La antigua imagen de principios de siglo, reproducida en un dibujo y vuelta a retratar, verdadera metáfora del proceso de construcción de la identidad familiar, regresó a la casa del pueblo setenta años

²⁷ El esposo de Guadalupe, padre de Guillermo y Encarnación (primero y último integrantes de una descendencia que incluía a otros cinco hijos), tenía su casa paterna en un pueblo del mismo ayuntamiento, distante unos diez kilómetros del lugar, adonde a la vez su padre había ido a casarse desde otro ayuntamiento leonés.

más tarde. El remitente esta vez fue un hijo de Eduardo, que la envió después de un viaje, acompañada de la siguiente misiva:

Querida familia, me es muy grato enviarles esta carta, sobre todo por el contenido de ella, la foto de la abuela Catalina, les mando también el negativo, para si ustedes quieren (vosotros queréis) hacer una ampliación de mayor tamaño, no la hice yo pues sería muy dificultoso para enviarla, yo tengo otro negativo en mi poder, por lo tanto queda para ustedes.²⁸

Así, el viaje de un integrante de la segunda generación, cuando ya Eduardo y Guillermo habían muerto, supuso la reactualización de una identidad en cuya creación aquél tuviera un lugar central. La imagen de un antepasado común condensaba ese proceso justificando una pertenencia en la que, sin embargo, Carlos S. —retratado en la foto anterior— no se consideraba incluido.²⁹

La expansión de la fotografía a través de modos de producción cada vez más accesibles difundió esta práctica entre amplios sectores, de ahí que podamos encontrarla con mucha más frecuencia entre los inmigrantes de posguerra. La modernización y el confort que llegó a muchos hogares en los cincuenta y sesenta se proyectó también en la posesión de una cámara que hizo posible multiplicar los registros de situaciones cotidianas.³⁰ De ahí la sensación abrumadora que tuviera una hija de españoles —en viaje de visita— por las fotografías que la mostraban cuando era pequeña, en situaciones para ella olvidadas o desconocidas, nada menos que en la casa paterna del lugar de origen. Además de las características de su contenido, la impresión se acentuaba por el contraste entre esas imágenes y los escasos retratos de los que en cambio habían permanecido en la aldea.³¹ ¿Acaso los repetidos envíos y su conservación buscaban compensar una ausencia?

Las fotografías que consideramos constituyen una manifestación de las prácticas utilizadas por las familias para consolidar sus lazos no sólo en una dimensión material sino también simbólica, un aspecto menos considerado en los estudios sobre inmigración. En este sentido, no se habrían apartado de los usos que otras familias podían darles,³² aunque el distanciamiento espacial que suponía la migración transoceánica, como en otras dimensiones, probablemente acentuara su dramatismo —en más de un sentido del término—. En efecto, en tanto que representaciones, estos retratos ofrecen imágenes de las imágenes que los protagonistas de la migración construyeron sobre sus familias y también sobre sí mismos. Fueron tomadas por o para los que emigraron y afectaron también a los que permanecieron, ayudando a alimentar una identidad que, como otras, debía construirse. ¿Hasta qué punto este proceso no contribuyó a acelerar la difusión de una práctica propia de las capas más acomodadas de la sociedad? A través de los retratos y de los textos que los ins-

²⁸ Carta de Eduardo G. a Encarnación S., Mar del Plata, 19 de diciembre de 1987.

²⁹ En efecto, de los antepasados familiares, su memoria rescata a los abuelos maternos de origen vasco, con quienes se criara. Entrevista a Carlos S., Mar del Plata, marzo de 1996.

³⁰ Gisèl Freund da cuenta de la renovación de la industria fotográfica que permitió la expansión de la década de los sesenta y motivó su interés y el de otros sociólogos de la época. *La fotografía como documento social*, G. Gili, Barcelona, 1993 [1974], pp. 177-184.

³¹ Entrevista a Isabel M., hija de un emigrante nacido en Los Oscos (ayuntamiento de Asturias) y establecido en Buenos Aires en 1948. La visita a la que nos referimos fue realizada casi cinco décadas más tarde. Mar del Plata, abril de 1997.

³² “[...] la práctica fotográfica existe —y subsiste— la mayor parte del tiempo, por su función familiar, o mejor dicho, por la función que le atribuye el grupo familiar [...], reforzar, en suma, la integración del grupo familiar reafirmando el sentimiento que tiene de sí mismo y de su unidad.” Pierre Bourdieu, “Culto a la unidad y diferencias cultivadas” en P. Bourdieu y otros, *La fotografía, un arte intermedio*, Nueva Imagen, México, 1979. Citado por L. Priamo, “Fotografía y vida privada”, p. 298 nota 3.

cribían era posible expresar las carencias, las necesidades, los afectos y con ello también recrearlos en función de los cambios. Con el paso del tiempo, universos sociales conformados en diferentes ámbitos podían, así, interactuar en la medida que, a falta de otro contacto, existiera alguien que reconociera a los individuos de los retratos y con ello, en el momento en que se miraban y mostraban las fotos, reinventara para sus descendientes un sentido de pertenencia.

La reconstrucción de dicha identidad habría desempeñado, entonces, un papel no menor en la continuidad de los lazos familiares, más allá del modo diferenciado en que cada uno de sus integrantes se apropiara de ella. Continuidad que, por lo demás, también suponía una creación. En efecto, el carácter selectivo de las genealogías que aparece en trabajos de campo como el que consideramos nos alertan acerca de la existencia de un parentesco simbólico y práctico que iba más allá de los vínculos establecidos por la alianza y la consanguinidad. Se abre así una distancia entre los lazos reconstruidos a partir de los archivos y aquellos reconocidos por los propios sujetos, que llama la atención sobre la necesidad de tener en cuenta el proceso de interacción pero también de invención que suponen relaciones sociales a menudo consideradas como “naturales”.

Por lo demás, también la adaptación del inmigrante en la nueva sociedad se habría hecho posible —por el efecto reparador que debía suponer— gracias a un imaginario familiar de este y otros modos reconstruido. En este sentido, además de la dimensión íntima a la que nos conducen estos y otros testimonios personales, ¿hasta qué punto sería erróneo presumir que dicha identidad constituyó el núcleo desde el cual pudieron generarse otras en la sociedad de destino? Particularmente, así como la trama de relaciones primarias fuera origen a buena parte de las instituciones españolas e italianas que proliferaron en el litoral argentino, ¿en qué medida las imágenes de familia recreadas ofrecían una base sobre la cual operaba la invención de aquellas más amplias de carácter étnico —locales, regionales o nacionales—, construidas por las dirigencias de distintos orígenes durante el período de inmigración masiva?³³

Como la gota de rocío del poema citado al comienzo del trabajo, además de la información inmediata que ofrecen, las fotografías familiares aluden a una realidad que las trasciende y cuyo acceso no deja de ser apasionante y a la vez problemático.

³³ Desde una perspectiva inversa, que no excluye un juego de ida y vuelta, se ha planteado la dimensión “privada” que habría tenido la identidad étnica en la sociedad norteamericana al favorecer la consolidación de las familias de clase media a partir de un pasado y una cultura tenidas como “únicas”. S. Kellogg, “Exploring Diversity in Middle-Class Families: The Symbolism of American Ethnic Identity” en *Social Science History*, 14: 1, Spring 1990, pp. 27-41.